

Civilización y violencia en la obra de Norbert Elias

Enrique Guerra Manzo*

Resumen

Análisis de los complejos vínculos entre civilización y violencia en la obra de Norbert Elias. Su teoría observa tanto sus manifestaciones sociogenéticas (figuracionales) como psicogenéticas (estructuración de *habitus*) en procesos de larga duración en diversos países de Europa. Elias postula una paradoja: sólo pueden desarrollarse espacios pacificados (civilizados) ahí donde la violencia se desplaza hacia arriba (como monopolio del Estado), a la vez que aparecen *habitus* de autocontrol y de pacificación interna de las personas (controles multicéntricos).

Palabras clave: violencia, proceso civilizatorio, barbarie, informalización, *habitus*

Abstract

This is an analysis of the complex ties between civilization and violence in Norbert Elias' works. His theory takes into account its socio-genetic manifestations (figurational) as well as psychogenetic (structuring of *habitus*) in a long-term process in different European countries. Elias postulates a paradox: pacified (civilized) spaces can only develop where violence moves upwards (as a State monopoly), while self-control, *habitus* and internal pacification of people (multi-centric controls) appear.

Key words: violence, civilizing process, barbarism, informalization, *habitus*



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
enriqueguerra311@gmail.com

FECHA DE RECEPCIÓN 25/01/12, FECHA DE ACEPTACIÓN 03/07/12

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

NÚM. 74 • AÑO 34 • ENERO-JUNIO DE 2013 • PP. 129-154

El objetivo central del presente ensayo es mostrar cómo debe entenderse la relación entre proceso civilizatorio y violencia en la sociología figuracionista cultivada por Norbert Elias. Se argumenta que el enfoque eliasiano es de una enorme actualidad en el análisis de este complejo problema. Para dar cuenta de ello, se muestra el modo en que Elias moviliza y amplía su teoría desarrollando nuevos conceptos como el de procesos de informalización y procesos decivilizatorios (o de barbarización).

Con la intención de situar al enfoque eliasiano, se resume el modo en que la sociología tiende a discutir el problema de la violencia. También se exponen los nexos entre civilización y violencia en la sociología figuracionista. Después se trata la forma en que Elias y sus discípulos reaccionan ante el ataque de sus críticos movilizando nuevos conceptos y ampliando la teoría hacia horizontes inexplorados. Se concluye con una reflexión sobre el alcance y las limitaciones de la sociología eliasiana, así como la viabilidad de sus aplicaciones fuera de las sociedades europeas.

Enfoques sociológicos sobre la violencia

En un reciente libro sobre la violencia, Crettiez afirma que ocuparse de ella tiene por lo menos una ventaja y un inconveniente. La primera consiste en un enfoque multidisciplinario: obliga a cruzar los enfoques de sociólogos, politólogos, historiadores, filósofos, psicólogos e incluso juristas. Exigencia que ya deja entrever su inconveniente: definir la violencia conlleva un esfuerzo gigantesco. No es casual que Georges Sorel haya dicho que los “problemas relativos a la violencia siguen siendo muy oscuros” (cit. en Crettiez, 2009: 11). Crettiez aduce que la violencia como fenómeno social es resultado de una lucha de definiciones entre actores que tienen intereses divergentes y recursos disímiles: “una lucha terrible sobre todo porque el concepto es acusatorio y moralmente condenable en un mundo pacificado, en el cual el violento casi nunca tiene razón”. Por ello, el Estado democrático prefiere invocar “su fuerza legítima”, mientras que a sus

opositores suele tildarlos como “violentos”. No es fortuito que Abram de Swaan (2001: 265) diga que la discusión de la cultura política en Occidente implícita o explícitamente está permeada por el espectro de la transformación de la democracia (civilización) en tiranía (barbarie). La tiranía y la barbarie suelen ser vistos como el reverso del progreso y la racionalización. La democracia y la civilización como la culminación de la racionalidad y la modernidad. Estas oposiciones son unilineales y simplistas, pero son difíciles de trascender. Por ejemplo, en años recientes Norbert Elias y Zygmunt Bauman han escrito sobre la barbarie nazi subrayando uno de los dos aspectos.

La lucha de definiciones en torno del fenómeno de la violencia no tiene visos de concluir. Algunos autores sugieren que más que hablar de un concepto unificado de violencia debemos hablar de las violencias y precisar sus tipologías.¹ Los clásicos de la sociología no pasaron por alto este fenómeno. En los albores de la modernidad la violencia –“entendida como la acción corporal de cualquier tipo que busca ocasionar un daño físico con el fin de resolver un conflicto”– se caracterizaba por estar muy vinculada al campo político (Arteaga, 2003: 120). Marx, con reivindicaciones revolucionarias, llegó a referirla como “partera de la historia”. Hoy no la consideramos así, confiamos más en las vías pacíficas (civilizadas) y tenemos connotaciones negativas de ella. Marx no definió con claridad la violencia y ocupa en su teoría un papel secundario y ambiguo. Aparece asociada a la acumulación originaria y ofrece elementos para su desfetichización. También aparece como un recurso contingente tanto para la estructuración y funcionamiento de la dominación, como para la resistencia y rebelión de las clases subalternas (Marx, 1971 y 1977).

Weber, en cambio, no parte de grandes agregados (como las clases sociales) para construir su teoría sociológica, sino de la acción social o interacción entre dos o más individuos. Para él, la violencia se inserta en las relaciones sociales de lucha “donde la acción social se orienta con el propósito de imponer la propia voluntad contra la resistencia de las otras partes”. La considera un caso especial y extremo de lucha dirigido a la aniquilación del contrario, pues lo que suele imperar en un ordenamiento social es la competencia pacífica. Weber no enfatiza tanto la violencia a partir del conflicto clasista como ocurre con Marx, pues concentra su atención en los procesos de legitimación. Donde la autoridad parece derrumbarse por alguna circunstancia aflora el recurso de la fuerza. La

¹ Véase por ejemplo Guzmán (1990), Arteaga (2003), Crettiez (2009). Aróstegui (1994: 19) afirma que a partir de la década de 1960 la bibliografía sobre la violencia sufre una enorme aceleración. La violencia responde a factores donde se entrecruzan muchos planos: biológicos, psicológicos, psicosociales, simbólico-culturales, políticos, éticos, históricos, entre otros. “De ahí, que muchas disciplinas tengan mucho que decir sobre ella”. Por lo que es inútil pronunciarse por alguna de ellas.

forma que asuma la violencia dependerá del contexto más o menos racionalizado en que se dé. Aunque ese contexto es sobre todo el de la política no se limita a ella, y suele impregnar a la sociedad en todas las esferas de la vida (Weber, 1983: 469 y 661-669 y Guzmán, 1990).

En su visión organicista de la sociedad, Durkheim observa la emergencia de la violencia especialmente en momentos de no institucionalización del cambio social y sus consecuencias de anomia y agresividad, patológicas para el organismo social. Otra de sus fuentes es la insatisfacción o el descontento con los roles sociales, cuando hay solidaridad imperfecta y perturbada. La violencia aparece entonces como recurso de control social que trata de readecuar a los individuos y sus funciones. Si cada individuo tiene el lugar que le corresponde impera la justicia; si no, hay perturbaciones en el orden social. “Así como los pueblos antiguos necesitaban, ante todo, de fe común para vivir, nosotros necesitamos la justicia” (Durkheim, 2007: 328). De este modo, las dos principales fuentes de conflicto y violencia en Durkheim son la falta de normatividad adecuada que garantice la cohesión social y la falta de internalización de esa normatividad por parte de los individuos. Tales argumentos serán retomados con amplitud por gran parte de la literatura contemporánea sobre la violencia.

Pese a la diversidad de las teorías sociológicas actuales, éstas pueden agruparse en tres grandes tendencias: las que mantienen un enfoque individualista o que priorizan el nivel micro; las de corte estructuralista, y las culturalistas, que se centran en el plano macrosociológico. Ejemplo de la primera es la sociología constructivista de Crozier y Friedberg, quienes acentúan la racionalidad y la libertad de los actores frente a las restricciones estructurales de los sistemas o de la cultura. Para ellos la violencia puede convertirse en un mecanismo que regula la interacción, no tanto porque sea una estrategia adecuada sino porque las relaciones de poder –en cuanto mecanismos que regulan la negociación–, fallan para resolver la posición e intereses de ciertos grupos (Crozier, 1980; Crozier y Friedberg, 1990; Arteaga, 2003). Es clara la huella de Weber en el enfoque de Crozier y Friedberg, aunque también están presentes otras teorías contemporáneas como las del *rational choice* o la teoría de juegos, entre otras.

En discusión con el pionero estudio de Ted Gurr (1970) (que destacaba en su análisis los aspectos psicosociales y culturales), Tilly elaboró una teoría estructuralista de la acción colectiva eminentemente política para situar a actores concretos y su relación con la violencia: los actores no se mueven por estados psicosociales o culturales determinados que los incitan a la rebeldía, la organización de una población y su situación política (la estructura de las oportunidades) condicionan la naturaleza de la acción colectiva y sus posibles cursos, entre ellos el del probable empleo de la violencia. Que una acción colectiva termine siendo

violenta depende sobre todo de cómo respondan otras fuerzas, en especial la estatal (Tilly, 1978 y 2003; Aróstegui, 1994).

El neofuncionalismo más que una escuela es una diversidad de corrientes que se desarrollan teniendo como denominador común su referencia al estructural-funcionalismo de Talcott Parsons y los problemas que dejó abiertos. Por ejemplo, Jeffrey Alexander intenta una síntesis multidimensional en la que trata de incorporar a todos los críticos de Parsons. Para él la violencia obedece a la incapacidad de las instituciones y de las normas (sistemas) para sublimarla en códigos simbólicos culturales de agresión, lo que produce mecanismos para que la violencia aparezca como medio de competencia por los recursos económicos y sociales entre grupos, reproduciéndola incesantemente (Alexander, 1992; Arteaga, 2003).

Reaccionando contra las teorías macroestructurales, Collins, por su parte, aduce que la violencia surge al ampliarse la distancia social (grado y calidad de la intimidad y el entendimiento en la interacción), como manifestación de la falta de cohesión y solidaridad, y de la anomia. Lo que se expresa en comunidades urbanas marginadas que no pueden mantener ciertos grados de entendimiento e intimidad que impidan la incursión en la violencia. Es claro aquí el intento de articular los planteamientos de Durkheim y de Simmel (1986; Collins, 1974). Recientemente Collins analizó 30 formas de violencia derivadas de la interacción en el nivel micro, pues su enfoque pretende poner de manifiesto que “todo macrofenómeno puede traducirse a combinaciones de evento micro”, que toda estructura social puede traducirse empíricamente a “pautas de interacción microrrepetitivas” (cit. en Ritzer, 1993: 477; Collins, 2009: 463-464).

Todo esto no es sino una muestra, bastante apretada y esquemática, de los modos en los cuales se ha venido discutiendo en la sociología el problema de la violencia desde los clásicos. Pero, ¿cuál es la aportación de Elías y cómo situarlo en estas tradiciones?

Violencia y civilización en Elías

Hasta la fecha la mejor obra sobre el tema de la civilización es la escrita por Elías² en 1939, *El proceso de la civilización* (1989).³ El motivo central que lo llevaría

² Cabe precisar que Elías era de origen judío. Nació en Breslau en 1897 (entonces una ciudad perteneciente a Alemania) y murió en 1990 en Ámsterdam, Holanda. Estudió medicina, filosofía, psicología y sociología. En 1933 ante el ascenso de los nazis tuvo que dejar Alemania y vivir en el exilio, donde pasó la mayor parte de su vida.

³ Un seguidor de la Escuela de Fráncfort, Stefan Breuer (1991: 402), se refiere a la obra de Elías

a ello fue su traumática experiencia con la violencia y la barbarie nazi, que no sólo lo hicieron salir de Alemania y vivir en el exilio la mayor parte de su vida, sino que además acabó con la vida de sus padres (su madre muere en una cámara de gas y su padre antes de entrar en una de ellas). Para Elias el problema de la violencia sólo puede comprenderse en relación con el proceso civilizatorio y, viceversa, éste sólo puede ser explicado en función del modo en que se gestiona la violencia en una determinada sociedad.

Algunos autores contemporáneos de Elias, como los de la Escuela de Fráncfort, también trataron de explicar su amarga experiencia con la barbarie nazi, pero lo hicieron sobre todo desde la filosofía. Por ejemplo, Walter Benjamin, en su clásico ensayo *Para una crítica de la violencia*, señala explícitamente la atalaya desde la que debe ser observada: no se trata de “hallar para esta crítica un criterio fuera de la filosofía positiva del derecho, pero tampoco fuera del derecho natural. Veremos a continuación cómo éste puede ser proporcionado sólo si se considera el derecho desde el punto de vista de la filosofía de la historia” (1978: 19).⁴

En cambio, Elias sitúa su observación de la violencia en el marco de la sociología figuracionista que estaba construyendo en la década de los treinta, cuya meta principal era la investigación de las concretas redes de interdependencia y de procesos psicogenéticos y sociogenéticos de larga duración que se suceden entre la Edad Media y el siglo XIX. Se trata de un enfoque en que lo micro y lo macro están íntimamente articulados y en el que no cabe la separación (o priorización) de lo individual, lo estructural o lo cultural, dimensiones que dividen a las escuelas sociológicas contemporáneas. Al mismo tiempo, como se verá, es un enfoque que dialoga con los clásicos y que va más allá de ellos.

En una conferencia de 1980 en el Congreso Alemán de Sociología en Bremen, Elias (1994) habló de los nexos entre civilización y violencia; era un tema que estaba en el núcleo de su programa de investigación desde que emprendió la redacción de su obra magna *El proceso de la civilización* en la década de los treinta. Su enfoque está construido desde las dimensiones sociogenéticas del entramado social (lo que llamaríamos la dimensión macrosociológica) y las dimensiones psicogenéticas del *habitus* (la dimensión microsociológica). Elias creía que todo fenómeno social puede ser abordado de esa doble manera, ya que existe un paralelismo entre las transformaciones en la estructura del entramado social y las que ocurren en el plano de los *habitus*.⁵

como aquella que, hasta la fecha, nos ha provisto del estudio “más minucioso” del proceso civilizatorio en Occidente.

⁴ Otro caso similar al de Benjamin es el de Adorno y Horkheimer (1994). Un buen análisis de las diferencias principales entre Elias y la Escuela de Fráncfort aparece en Bogner (2003b).

⁵ Por este concepto Elias entiende la incorporación individual de normas transmitidas por las unidades de pertenencia sociales (familia, aldea, tribu, Iglesia, nación). En la formación del *habitus*

Nuestro autor considera que la mayoría de las investigaciones sobre la violencia buscan una explicación de por qué las personas ejercen la violencia. Se suele preguntar cómo es posible que los seres humanos dentro de una sociedad cometan asesinatos o se conviertan en terroristas. La pregunta debería enfocarse de otro modo: ¿cómo es posible que tantas personas convivan de manera –relativamente– tan pacífica, tal como ocurre en la mayoría de los países más desarrollados de Europa, América y Asia? Pues lo normal en la historia de la humanidad ha sido que impere la violencia. “Nunca antes en la historia de la humanidad tantas personas, millones de personas, habían convivido de esta manera tan pacífica –es decir, excluyendo a la violencia– que podemos observar en los grandes Estados y ciudades de nuestros días” (Elias, 1994: 141-142).

Su enfoque es, pues, diferente; prefiere interrogarse ¿cómo se puede entender que podamos convivir tan pacíficamente? Cree que sólo entonces puede explicarse por qué los hombres no se doblegan al canon civilizatorio.

Elias aduce que la respuesta a la pregunta anterior parece obvia: existe una determinada forma de organización de las relaciones sociales que encauza la convivencia de manera pacífica. El primero en expresarlo con la mayor claridad –reconoce Elias– fue Max Weber: los Estados tienden a monopolizar la violencia física, funcionan como aparatos que detentan una violencia organizada, legal, que están resueltos a evitar la violencia ilegal en el resto de la sociedad (1994: 142).

En la segunda parte de *El proceso de la civilización* ya se había dado cuenta del modo en que esos aparatos surgen como una invención técnica de los hombres, aunque su desarrollo se lleve a cabo sin planificación previa. Se muestra cómo, sin planificación, el monopolio de la violencia se va desarrollando gradualmente a lo largo de varios siglos. El monopolio de la violencia en forma de Estado, al igual que la domesticación del fuego o el uso de la energía nuclear, es un arma de dos filos: puede volverse contra sus propios creadores (es el caso de las dictaduras, donde el monopolio de la violencia es empleado sólo para beneficio de pequeñas minorías).

Desde luego, el monopolio de la violencia está unido a otros monopolios: el de los impuestos, el de la legitimidad, el del capital simbólico, etcétera. Los cuales se sostienen unos a otros, y el debilitamiento de uno de ellos suele impactar a los demás (Elias, 1989: 344-345).

converge un proceso tanto de inculcación (socialización) de las normas de una unidad social como de incorporación (individuación del *habitus*). En la identidad de un individuo hay un repertorio de capas simbólicas, tantas como sean las unidades de pertenencia en las que esté inmerso. El *habitus* social se manifiesta en los cánones de conducta y los sentimientos individuales, cuyos modelos se transforman en el transcurso de las generaciones y expresan las disposiciones compartidas por los miembros de una sociedad o de una unidad de pertenencia (1982a: 182-183).

El monopolio de la violencia es una fuente de la pacificación de la sociedad, de carácter sociogenético, que debe ser complementada con otra de carácter psicogenético: la pacificación interior de la persona. El hecho de que a una persona no se le ocurra iniciar una pelea, por muy enojada que esté, de que toda nuestra estructura psíquica esté orientada hacia la pacificación, está íntimamente relacionado con los efectos de la estructura estatal de la sociedad. En épocas anteriores, en algunas clases sociales se tenía por normal que un hombre le pegara a su mujer o a sus hijos, algo que hoy es repudiado. La pacificación se ha interiorizado, al igual que lo ha hecho la estructura de nuestra personalidad (Elias, 1994: 143).

No es que el Estado sea el factor determinante de la pacificación de la sociedad, o que lo sea la estructura de la personalidad, sino que ambos fenómenos están estrechamente correlacionados. La explicación de esa irrupción debe buscarse no en el plano cultural, estructural o individual, sino en todo el entramado social, y eso es justamente lo que hace Elias en su obra de 1939.

Empero, si bien el proceso civilizatorio ha hecho que la violencia se desplace hacia arriba (que se convierta en monopolio estatal), permitiendo una pacificación interna de la sociedad, en el ámbito interestatal no existe un monopolio de la violencia. Las relaciones internacionales las vivimos como nuestros antepasados, en una especie de estado de naturaleza: no existe ningún poder superior que pueda impedir que un Estado fuerte ataque a uno más débil, e incluso que se anexe parte de su territorio. De ahí las luchas entre Estados poderosos por imponer su hegemonía en determinadas zonas. En ese plano, a escala de toda la humanidad, la civilización está en un escalón primitivo. Ahí no hemos logrado crear instituciones para “domar la violencia”.⁶

En *El proceso de la civilización* observa un paralelismo entre la aparición hegemónica del rey y del Estado en una figuración social, y el desarrollo de un “aparato interior” de autocontrol en el individuo. Es lo que denomina covariación entre sociogénesis y psicogénesis. No es que antes se careciera de autocontrol,

⁶ En *Humana Conditio* Elias (1988) revisa la dinámica de las relaciones internacionales en el mundo occidental. Explora los nexos entre la formación de los Estados modernos, el proceso civilizatorio y las recaídas decivilizatorias. En lo que concernía al siglo XX, creía que la Guerra Fría había llevado al final del camino a los seres humanos. Por primera vez dos poderes se disputaban la hegemonía del planeta con el riesgo de que no hubiera ningún ganador ante la amenaza de la guerra nuclear. Sólo había dos salidas: desarme ideológico de las dos potencias o una tercera instancia mediadora que las llevara a pactar la paz. Usaba su concepto de doble vínculo para dar cuenta de ello. Mostraba también que los conceptos de procesos de monopolización y el de luchas de exclusión son muy robustos para comprender la dinámica de las relaciones internacionales.

de hecho ninguna sociedad sería posible sin un mínimo de autocontrol de los individuos. No hay punto cero en el proceso civilizatorio. Sin embargo, lo que se establece con el monopolio de la violencia en ámbitos pacificados es otro tipo de autodomínio: "Es un autodomínio desapasionado". Ambos aparatos de control, el público y el privado, se refuerzan mutuamente para coaccionar al individuo a una mayor regulación de sus emociones e instintos: "El individuo se ve ahora obligado a reformar toda su estructura espiritual en el sentido de una regulación continuada e igual de su vida instintiva y de su comportamiento en todos sus aspectos. [En esa misma dirección] operan también las coacciones y fuerzas no armadas a las que se somete directamente el individuo", esto es, las coacciones económicas y de la entera figuración social (Elias, 1989: 457-458). Estas coacciones, incorporadas al conjunto de posibilidades que se le abren al individuo para mejorar sus oportunidades vitales, obligan a una actitud previosa y reflexiva de su conducta. Lo obligan a considerar las posibles consecuencias más lejanas de sus acciones. "Esta contención, esta regulación de su comportamiento y de su vida instintiva se le convierte en costumbre desde tan corta edad" (forman su *habitus*) (Elias, 1989: 459).

En la sociedad guerrera medieval, el individuo podía ejercitar la violencia siempre que tuviese el poder y la fuerza necesarios para ello: "Como no dominaba sus pasiones era dominado por ellas" (Elias, 1989: 459). En las sociedades modernas, el individuo ya no es prisionero de sus pasiones. Ahora, debido a la mayor dependencia funcional, está más vinculado que antes a una cantidad mayor de personas, pero en lo relativo a su comportamiento y a sus inclinaciones e impulsos está más limitado que antes. "En cierto sentido, la vida encierra muchos menos peligros, pero también proporciona menos alegrías, por lo menos en lo relativo a la manifestación inmediata del placer [...] para lo que falta en la realidad se busca sustituto en los sueños, en los libros, en los cuadros" (Elias, 1989: 459). Los enfrentamientos físicos de antaño, las guerras y las luchas disminuyen y cualquier cosa que lo recuerde (descuartizamiento de animales muertos, utilización del cuchillo en la mesa...) se reprime o se regula de modo más estricto. De alguna forma, lo que sucedía en el campo de batalla se traslada al interior: "El hombre tiene que resolver dentro de sí mismo una parte mayor de las tensiones y de las pasiones que antiguamente se resolvían directamente en la lucha entre individuos" (Elias, 1989: 459). Ello ocasiona con frecuencia resultados negativos: fobias, filias, manías, neurosis. Sin embargo, el proceso civilizatorio individual sólo es claramente desfavorable o favorable en un bajo número de casos, la mayoría está en una situación intermedia entre ambos polos (Elias, 1989: 460-462).

De manera más precisa, Elias considera que el proceso civilizatorio tiene dos dimensiones, la de racionalización y la de psicologización.⁷ Ambas se encuentran íntimamente entrelazadas. La primera es la racionalización del comportamiento: la política del individuo hacia el exterior, la sensibilidad para observar a los demás y sopesar las posibles consecuencias de sus acciones. La segunda es la política interior: la modelación de la economía instintiva “que acostumbramos llamar ‘vergüenza’ o ‘escrúpulos’”. Se trata de dos aspectos de la misma transformación psíquica: el intenso movimiento de racionalización, y el no menos intenso avance del umbral de la vergüenza y de los escrúpulos que se hace específicamente manifiesto a partir del siglo XVI en los hábitos de los hombres occidentales” (Elias, 1989: 499). Esto significa la aparición de un nuevo *habitus*, que se corresponde con la emergencia de una nueva figuración: la sociedad moderna.

Como puede apreciarse, aquí Elias corrige a Weber. No basta analizar la acción racional para dar cuenta del forjamiento del mundo moderno, es preciso ampliar nuestra mirada y observar la covariación entre todas las dimensiones del *habitus* y el entramado social:

el orden de las funciones psíquicas que va diferenciándose lentamente de los instintos a lo largo de los cambios sociales descritos, esto es las funciones sociales del yo [del que se deriva la acción racional] o del super-yo [la conciencia moral], tienen un cometido doble en la organización espiritual: suelen llevar a cabo una política interior y una política exterior que no siempre coinciden y que muy a menudo son contradictorias. De este modo se explica que en el mismo período histórico-social en que progresa de forma evidente la racionalización se observa un avance de los límites del pudor y de los escrúpulos [Elias, 1989: 501].

Se trata de un proceso, agrega Elias, que duró siglos en alcanzar su pleno desarrollo. Hoy vemos un proceso análogo en la vida de cada niño: “la racionalización del comportamiento es una expresión de la política exterior de la misma constitución del super-yo, cuya política interior se expresa en un avance de los límites de la vergüenza” (1989: 501).

En 1986, el sociólogo de Breslau argumentaba que los procesos civilizatorios también pueden verse afectados por ciclos de violencia, a los cuales concebía como figuraciones formadas por dos o más grupos:⁸ son “procesos de ida y vuelta

⁷ Mennell (1992: 101-102) distingue una tercera: la de los umbrales de vergüenza y embarazamiento. Para efectos de mayor claridad, aquí subsumimos ésta en lo que Elias aduce como psicologización.

⁸ Los actores involucrados en una figuración pueden ser Estados, clases o grupos más pequeños. Por ese concepto debe entenderse lo siguiente: “Las figuraciones son redes de interdependencia de los

que atrapan a dichos grupos en una situación de miedo y desconfianza mutuos, en los que cada grupo asume como un hecho natural que sus miembros podrían ser heridos o incluso muertos por el otro grupo si éste tuviera la oportunidad y los medios de hacerlo" (Elias y Dunning, 1992: 39). Una figuración así tiene su propia dinámica: "Puede terminar en un estallido de violencia particularmente virulento que lleve a la victoria de uno u otro bando. Puede concluir con el debilitamiento acumulativo o con la destrucción recíproca de todos los participantes" (Elias y Dunning, 1992: 39).

Por otra parte, el comportamiento civilizado depende también del incremento del nivel de vida, pues las clases que viven bajo la amenaza del hambre, reducidas a la miseria y a la necesidad, no pueden tener un comportamiento civilizado. La creación y el funcionamiento de un super-yo estable depende de un nivel de vida "relativamente elevado y un grado razonable de seguridad" (Elias, 1989: 512). Por tanto, otra de las fuentes de la violencia es la escasa confianza en que se garantizará un mínimo de calidad de vida.

De ese modo, "la civilización se impone en un lento proceso de movimiento de ascenso y descenso. Una clase social o sociedad inferior en proceso ascensional se apropia la función y la actitud de una superior frente a las demás clases o sociedades que también aspiran a ascender". Siempre se encuentra a una clase o grupo más numeroso pisando los talones del que ha subido y se ha convertido en clase superior (Elias, 1989: 466). Una de las peculiaridades de Occidente es que se va reduciendo el contraste entre la "situación y código de conducta de las clases dominantes y de las clases dominadas". Empero, esta tendencia hacia la "disminución de los contrastes" no es rectilínea, pues dentro de esta tendencia general también suelen producirse oleadas mayores y menores en las cuales vuelven a acentuarse los contrastes. Asimismo, los comportamientos civilizados se difunden hacia otros países "porque, y en la medida en que, merced a su integración en la nueva red de interdependencias, su centro pasa a los países occidentales y, al propio tiempo, se transforman la estructura de la sociedad y de las relaciones humanas en su conjunto" (Elias, 1989: 468). Es decir, bajo la presión de su propia lucha competitiva, los habitantes de Occidente imponen a amplias áreas del planeta sus propias pautas de comportamiento, las convierten en dependientes, pero al mismo tiempo "en consonancia con las leyes objetivas de la

seres humanos, con giros asimétricos en los balances de poder" (cit. en Bogner, 2003a: 210). Definido de esta manera, el concepto de figuración es muy elástico. Puede aplicarse tanto a interacciones sociales a pequeña escala (por ejemplo, un baile), como a nivel macro (una sociedad entera). Ello es así porque Elias define la figuración a partir de las relaciones de poder: se trata de entramados de interdependencia entre los seres humanos en todos los planos sociales, ya sea como aliados o adversarios (Elias, 1982a: 81-82).

progresiva división del trabajo, ellos mismos dependen de sus dependencias” (Elias, 1989: 469).

El proceso civilizatorio, si bien avanza con tendencias hacia la disminución de los contrastes en las pautas de comportamiento entre grupos superiores e inferiores, implica aumento en las variaciones, pues las formas de comportamiento no sólo “penetran de arriba abajo”, sino, en ocasiones, también de abajo a arriba, “y se mezclan en nuevas unidades peculiares, nuevas variaciones del comportamiento civilizado”. Además, nunca desaparece la necesidad de distinción de una clase sobre otra. Por tanto, el proceso civilizatorio presupone a la vez disminución de los contrastes e incremento de la variabilidad (Elias, 1989: 468-470).

Por ello, como ha visto Mennell (1992: 245-246), Elias enfatiza que el proceso civilizatorio no es simplemente más autocontrol del individuo. Es también un cambiante balance entre constreñimientos externos e internos, así como un cambiante modelo de articulación entre ambos. Implica, además, que los controles llegan a ser más completos, automáticos y generalizados (abrasivos) en toda la sociedad, así como su movimiento hacia la disminución de los contrastes e incremento de la variabilidad en las pautas de comportamiento.

Elias concluye *El proceso de la civilización* afirmando que estamos lejos de alcanzar la plena civilización. Aunque la etapa en la que se ha desarrollado hasta ahora nos ha traído un mayor control de las pasiones y la reducción de la violencia física –lo que es gratificante–, ese aumento también ocasiona patologías: descontento, filias, fobias y neurosis diversas. El mayor alargamiento de las cadenas de dependencia ha permitido más autocontrol emocional y más sensibilidad hacia los otros y hacia uno mismo. Antes de la emergencia de la sociedad cortesana, los hombres estaban atrapados en constantes enfrentamientos violentos de vida o muerte. A la espada se respondía con la espada. Cuando este tipo de competencia social disminuye, las personas empiezan a ser más sensibles a acciones y amenazas más sutiles: se enfrasan en una competencia social en la que al cálculo se responde con el cálculo. Esta nueva clase de sensibilidad es una dimensión central del proceso civilizatorio. Así, de una sociedad de guerreros en competencia libre se pasa a una sociedad de empresas en competencia libre, donde el mecanismo del monopolio sigue imperando, pero en el marco de amplios territorios pacificados. “La competencia económica libre no es lo contrario de un orden monopolista. En todo caso, esta competencia trasciende sus propios límites y se convierte en su contrario” (Elias, 1989: 531). Pero nuestra época no es la culminación del proceso civilizatorio, pues también ella “está llena de tensiones sin resolver, de procesos de interdependencia sin decidir” (Elias, 1989: 531-532). Sólo cuando se hayan superado las tensiones interestatales e intraestatales “podremos

decir con mayor razón de nosotros mismos que somos civilizados [...] Solamente cuando se hayan dulcificado las tensiones entre los seres humanos, las contradicciones que se dan en la estructura de las interrelaciones humanas dulcificarán las contradicciones en el interior de los hombres” (Elias, 1989: 532). Mientras no se llegue a ese momento, estamos obligados a decir que “la civilización no se ha terminado. Constituye un proceso’.” (Elias, 1989: 532).

Civilización, informalización y barbarie

Una diferencia sustancial en la forma de interpretar la violencia en Elias y en los clásicos de la sociología es que ésta aparece como parte del núcleo central de su teorización, no como una variable secundaria (como ocurría en Marx), o sólo ligada a contextos de legitimación (Weber), o en momentos de cambio social o fenómenos de anomia (Durkheim). Asimismo, a diferencia de las teorías contemporáneas que polemizan entre sí sobre cuál nivel se debe privilegiar (el individual, el estructural o el cultural), Elias elude esas abstracciones, derivadas de un pensamiento dicotómico que siempre combatió (actor-estructuras, individuo-sociedad, micro-macro, entre otras). Como se mostró en el acápite anterior, para él la violencia sólo puede ser comprendida en el marco de los entramados humanos que cristalizan en figuraciones concretas, cuya dinámica siempre tiene elementos psicogenéticos y sociogenéticos. La gestión de la violencia y el conflicto es un aspecto universal con el que han tenido que lidiar los seres humanos en su evolución hacia mayores grados civilizatorios. Empero, no se debe hablar de ello en términos de un proceso unilineal sino multilineal. De hecho, como nos ha recordado De Swaam (2001), el último capítulo de *El proceso de la civilización* en la versión alemana se titulaba “Proyecto para una teoría de los procesos civilizatorios”. En *Los alemanes* escribió acerca del curso precario de la civilización y llamó a uno de sus capítulos “La caída de la civilización”.

Como han recordado Fletcher (1994) y Mennell (1992), Elias hablaba en términos de un proceso civilizatorio nunca acabado y permanentemente en peligro. Así, hablar de procesos civilizatorios es también hablar de procesos decivilizatorios. Ambas fuerzas están siempre presionando el tejido social. La violencia está presente en los dos procesos, pero de modo diferente. La primera fuerza tiende a centralizar la violencia y el poder, la segunda a descentralizar la violencia y a fragmentar el tejido social.

El proceso de la civilización analizaba las pautas del comportamiento civilizatorio entre el siglo XIII y el XIX, muestra la transformación del comportamiento

europeo hacia una progresiva civilización de las costumbres, que apuntaba hacia la prohibición de ciertas conductas “impropias”. Empero, en el siglo XX aparecieron muchas costumbres antes prohibidas, así como una “barbarie moderna”. ¿Cómo explicarlo? Para responder a ello y atajar una serie de críticas que recibió su obra, Elias publicó *Los alemanes* (1999), que reúne diversas conferencias y ensayos de los años sesenta y setenta.

Profundizando en el estudio de Alemania, nuestro autor moviliza su teoría del proceso civilizatorio y le agrega el concepto de informalización, un nuevo término desarrollado por su alumno Cas Wouters (1977).⁹ En *El proceso de la civilización* Elias había situado las relaciones entre civilización y barbarie como mutuamente excluyentes; una aumenta o disminuye a costa de la otra, con posibles reversiones en su dirección. En *Los alemanes* retoma ese argumento y admite la posibilidad de que el proceso de formación del Estado genere un deficiente proceso de civilización, o devenga un proceso decivilizatorio alentando amplias manifestaciones de brutalidad y conductas violentas. No obstante, Elias acepta de manera más explícita la posibilidad de que civilización y decivilización (barbarie) puedan ocurrir de manera simultánea (Van Krieken, 2001).

Como ya se ha mostrado, el proceso civilizatorio para Elias tiene dos niveles. El del autocontrol que, desde Freud hasta Piaget, presenta poca discusión: los niños son socializados de acuerdo con ciertos estándares de conducta que los preparan para vivir en sociedad, pero hay un aspecto que ha generado muchas controversias: de dónde vienen esos estándares. Lo que nos lleva al segundo nivel: la tendencia a grados civilizatorios más elevados, ligados al monopolio de la violencia. No está en debate que esa tendencia también ocurre, lo que se discute es que esos cambios tengan una dirección y una estructura. Pero, como ha observado Menell (2001: 32-34), “sólo discerniendo esa dirección y estructuración es que podemos ver lo opuesto: los procesos decivilizatorios”. Son procesos ciegos. Es decir, no los diseña ningún individuo, grupo o clase social en particular. El entrelazamiento de los planes y acciones de muchas personas conduce a procesos sociales que no fueron planeados por las personas que los originaron. Se trata de procesos que están estructurados, pero poseen una estructura *sui generis* (Elias, 1998: 192-195). En opinión de Elias, para dar cuenta de la estructura peculiar de los procesos sociales se requiere de una perspectiva figuracionista y de la

⁹ En 1967, Elias había empleado la frase: “un alto control descentralizado del encauzamiento de las emociones” para referirse al uso del tiempo libre. En 1970 volvió a aplicar esa frase a las revueltas estudiantiles, al movimiento hippie y a diversos experimentos con estilos de vida alternativos, todos los cuales le parecían expresiones de una dramática informalización de muchos aspectos de la vida social. Esto sería desarrollado por su alumno Cas Wouters en su tesis doctoral.

larga duración. Sólo así pueden superarse las visiones naturalistas y voluntaristas que permean a las ciencias sociales y que nacen de lo que él llamaba “el molde filosófico centrado en el *homo clausus*. A partir de ese molde han sido fabricados todos los muebles de nuestro pensar”.

En *Los alemanes* se revisan también dos problemas ineludibles: el Holocausto y las tendencias informalizadoras de las décadas de 1960 y 1970. ¿Significan interrupciones del proceso civilizatorio?

El fenómeno de la informalización

En Holanda se dio un debate entre quienes pensaban que las tendencias informalizadoras de las décadas de 1960 y 1970 eran indicadores decivilizatorios y aquellos que opinaban lo contrario. Cas Wouters era de estos últimos, y ganó el debate. Elías apoyó a Wouters. El proceso de informalización aparecía como una continuación de dos componentes del proceso civilizatorio: la disminución de los contrastes sociales entre los grupos sociales y el incremento de la variabilidad (ampliación de modelos de conducta permisibles), así como controles sociales *more roundedness* (más abrasivos o generalizados): disminución de los contrastes entre la conducta pública y la privada, en la vida normal y en los carnavales, entre los estilos de conducta de los diferentes grupos.

Los alemanes inicia con la revisión de las transformaciones de los patrones europeos de comportamiento en el siglo XX. Expone cinco grandes cambios estructurales. El primero es el hecho de que haya mejorado el nivel de vida de los países industrializados europeos. Ello ha traído los siguientes efectos: *a*) grado relativamente elevado de seguridad social, *b*) movimientos de emancipación que expresan cambios en los equilibrios de poder entre grupos de establecidos y de marginados (nobleza y burguesía, hombres y mujeres, viejos y jóvenes...); *c*) reducción de las diferencias en las escalas de poder entre los grupos más fuertes y los más débiles (democratización funcional); *d*) la transformación de las relaciones de poder entre los grupos provoca inevitablemente una profunda inseguridad en muchas personas implicadas en esos cambios; con la inseguridad en el estatus –característica central en el siglo XX– viene la búsqueda de identidad, lo que a su vez incrementa las inquietudes, y *e*) todo lo anterior lleva a la modificación de la conciencia tanto de los grupos que en alguna ocasión fueron parte del estamento de mando, como de los marginados (Elías, 1999: 31-35).

Segundo, en todas las sociedades –tanto en las más diferenciadas como en las más sencillas– existen esferas de relaciones y de actividad donde se exige un

comportamiento formal (que requiere de formalidad), ritualizado, pero también existen relaciones y ámbitos de la actividad en que, de acuerdo con la norma, resulta adecuado un comportamiento informal (esto es, un grado mayor o menor de informalidad). Por ejemplo, cuando uno es invitado a un sitio “en que todo transcurre con rigidez: todos los presentes se contienen, son excesivamente amables y piensan en cada palabra antes de decirla. Después, de regreso a casa, pueden actuar de manera más relajada”. Así, las mismas personas se encuentran a caballo entre las esferas sociales más formales y las más informales. “En nuestros días, en muchos de los Estados industrializados más avanzados, el espectro formalidad/informalidad es relativamente reducido”, y quizás entre las nuevas generaciones lo sea más. Ello tiene que ver con el proceso de democratización funcional que se ha acelerado en el siglo XX: “un impulso que disminuye la escala de poder entre gobernantes y gobernados, entre el estamento estatal en su totalidad y la gran masa marginal”. En cada sociedad existe una escala de formalidad/informalidad relativa, específica y determinable que puede ampliarse o restringirse con el paso del tiempo. Por ejemplo, en Alemania, el comportamiento formal es más ostentoso que en Inglaterra: ello puede apreciarse en la costumbre formal alemana de saludar de mano a toda la concurrencia en una fiesta, tanto al llegar como al partir, mientras que en Inglaterra ese ritual ha cedido su lugar a otro no obligatorio y más bien discreto de una inclinación de cabeza y de una desaparición casi sin despedida (Elias, 1999: 38-41).

Tercero, desde la Primera Guerra Mundial ha habido un impulso informalizador, primero en una pequeña ola y una segunda más fuerte después de la Segunda Guerra Mundial. Elias aprovecha este momento de la argumentación para hacer algunas aclaraciones sobre el modo en que debe entenderse su teoría del proceso civilizatorio y para salir al paso de ciertas interpretaciones erróneas: “Algunos han creído encontrar la clave de mi teoría de la civilización en una frase tomada de un libro medieval de buenas costumbres”, que decía: “las cosas que alguna vez eran permitidas hoy se prohíben” (Elias, 1999: 41). Y hay quienes se plantean si la dirección de las transformaciones no ha sido justamente la contraria; “si no tendríamos más bien que decir: ‘las cosas que antes se prohibían hoy se permiten’”. Y, de ser así, “¿no significaría que vivimos en una época de regresión civilizatoria, de una nueva barbarización?” Éstas no son sino suposiciones que descansan en una “comprensión insuficiente de la teoría de la civilización” (Elias, 1999: 41).

El proceso de informalización puede entenderse como la emancipación de restricciones heterónomas de un ritual socialmente prescrito, que plantea mayores exigencias para el aparato autorre restrictivo de las partes individuales. Requiere

que éstas se prueben entre sí y a sí mismas, no pudiendo confiar en esa tarea más que en su propio juicio y en sus propios sentimientos (Elias, 1999: 49).

Elias ofrece el ejemplo de un niño que es golpeado por su colérico padre cada vez que infringe una norma de conducta. Por temor a su padre, ese niño aprenderá a evitar un comportamiento no deseado, pero sólo desarrollará un aparato de autocontrol incompleto. Para poder controlarse dependerá de una amenaza externa (heterónoma). Su capacidad de autocontrol podría desarrollarse con más fuerza si con muestras de cariño y argumentos persuasivos el padre lo convenciera de evitar la conducta no deseada. El niño castigado no aprende a controlarse sin una restricción heterónoma, sin la amenaza de la sanción paterna y, en consecuencia, está sujeto en gran medida a sus propios impulsos de odio y hostilidad. La probabilidad de que él mismo se convierta en un golpeador, que tome como modelo al padre, es muy grande. Este ejemplo también puede trasladarse a los sistemas políticos. Los miembros de la sociedad de un Estado autoritario o policiaco desarrollan estructuras de la personalidad análogas, en las que su capacidad de autocontrol depende de una restricción heterónoma (Elias, 1999: 47). Eso fue lo que ocurrió con la experiencia del nazismo.

Cuarto, las oleadas informalizadoras desde la Primera Guerra Mundial implican mayores exigencias para el aparato de autorrestricción y, al mismo tiempo, una “experimentación más frecuente, una inseguridad estructural. No hay en realidad modelos para orientarse”. Refiriéndose a las relaciones de pareja dice: “cada uno debe elaborarlos por su propia cuenta, llevando a cabo sus propios experimentos y las estrategias de aproximación a la vida en común” (Elias, 1999: 49). Antaño era frecuente que los amigos o parientes intervinieran en la relación de una pareja cuando una de las partes se había portado mal con la otra. Ahora, a medida que avanza la informalización, la carga de conformar la vida en pareja se encuentra en manos de los individuos mismos.¹⁰

Empero, Elias admite que el cuadro de la articulación entre formalización e informalización es complicado: puede haber periodos de reformalización seguidos por otros de informalización, o pueden coexistir en diversas esferas. También puede ocurrir que los avances en la informalización sean luego incorporados en códigos formales.

¹⁰ Aquí Elias está abordando el tema de la individuación y la creciente reflexividad que marca a los individuos de las sociedades complejas. Autores como Zygmunt Bauman, Anthony Giddens, Michel Crozier, Niklas Luhmann y Jürgen Habermas lo han hecho por otras vías.

Lo cierto es que el proceso de informalización presupone un cambio de balance entre restricciones heterónomas y autónomas, una disminución en los contrastes (democratización funcional), incremento de la variedad en los comportamientos, mayor autocontrol e individuación. Involucra además una formación de la conciencia menos tiránica y una conciencia más deliberativa, más liberal, y un mayor grado de mutuo reconocimiento o capacidad para la interacción (Mennell, 1992: 246). Wouters ha catalogado entre los procesos de informalización contemporáneos lo siguiente: creciente uso del tuteo, el de nombres de pila y no de los apellidos (por ejemplo en las relaciones de subordinados con superiores, hijos y padres, alumnos y maestros), decreciente insistencia en los títulos, menos formalidad en los escritos oficiales o cartas y en el uso del lenguaje hablado, en el corte de pelo, ropa, formas del baile y de la música. Además, se pueden ver cambios sustanciales en nuestra actitud y costumbres hacia la muerte, el matrimonio y el divorcio, en las relaciones sexuales, los movimientos de protesta, etcétera (Mennell, 1992: 243; Wouters, 1977).

Quinto, el sociólogo de Breslau enfatiza que sólo cuando se entiende la informalización de la anterior manera es posible evitar confundirla con “tendencias hacia la rebarbarización”. Ello implica más bien “la continuación del movimiento civilizatorio europeo” hacia un nuevo plano (Elias, 1999: 50).

Como puede apreciarse, con el concepto de informalización Elias puede eludir la dicotomía civilización-barbarie, entre ambos está el de informalización y, como se verá, el de violencia. Con ello no sólo hace frente a las críticas al concepto de civilización, sino que también demuestra su complejidad.

Lo que está claro es que hay más civilización mientras más tendencia exista hacia la autonomización (individuación), al autocontrol y menos presencia de restricciones heterónomas. Por tanto, la informalización apunta hacia la continuación del proceso civilizatorio, no a su interrupción, como sí ocurre con los procesos de barbarización o decivilizatorios.¹¹

¹¹ Los procesos de barbarización o decivilizatorios deben entenderse como un incremento de la violencia en el trato entre las personas y una creciente inestabilidad de las instituciones encargadas de encauzar la convivencia pacífica y el bienestar social (Elias, 1999: 208-209). Fletcher (1994: 85) agrega que una sociedad inmersa en un proceso decivilizatorio se caracteriza por “un ascenso en los niveles de miedo, inseguridad, peligro e incalculabilidad; emergencia de la violencia en la esfera pública; crecimiento en la desigualdad social o altas tensiones en los balances de poder entre los grupos; decrecimiento en la distancia entre los estándares de los adultos y los niños; libre expresión de la agresividad y la crueldad; un incremento en los impulsos; un incremento en las cuotas de fantasía en las formas de pensamiento y un detrimento en las formas de pensamiento distanciadas, acompañadas de conceptos con menores niveles de congruencia con la realidad”.

Procesos decivilizatorios y discivilizatorios

En *Los alemanes* Elias subrayó el curso precario del proceso civilizatorio. En años recientes varios de sus seguidores han retomado la discusión desde el umbral en que aquél la dejó y han hablado de decivilización y discivilización (Fletcher, 1994; Mennell, 1990; Wacquant, 1999 y De Swaan, 2001). Ello ha llevado a un mayor refinamiento de la teoría eliasiana. La conclusión a la que se ha llegado es que tanto el proceso civilizatorio como el decivilizatorio conviven, el problema principal es cómo comprobar en el largo plazo cuál es la tendencia predominante.

La expresión proceso *decivilizatorio* alude a una constelación de destrucción violenta de amplias áreas de la sociedad en la que imperaban altos niveles de civilización, con modos refinados de interacción y de autocontrol. Este sentido de pérdida o decadencia es evocado con términos como regresión, barbarie, vulnerabilidad de la civilización, caída (De Swaan, 2001: 266-267). Elias interpreta el exterminio de los judíos por los nazis en términos de una caída de la civilización. En *Los alemanes* se argumenta que el Estado en Alemania era débil y fracasó en la pacificación y civilización de sus ciudadanos. En consecuencia, hubo una recaída en la barbarie. Punto de vista muy diferente al de Bauman, que interpreta el exterminio de los judíos y el genocidio en general como el núcleo de la modernidad. Para él ésta se funda sobre el genocidio y ha procedido a través de él. La violencia es su núcleo oscuro (Bauman, 1989; Mennell, 2001; De Swaan, 2001; Breuer, 1991; Fletcher, 1994). Como afirma Mennell (2001: 41), el Holocausto impactó al proceso civilizatorio en el mismo sentido que la peste negra en Europa: alteró el crecimiento poblacional, pero no las tendencias civilizatorias.

La caída de la civilización ligada al nombre de Hitler y del nacionalsocialismo, se afirma en *Los alemanes*, obedece a dos grupos de factores: las peculiaridades de la evolución alemana a largo plazo y las peculiaridades del punto al que había llegado en ese momento. "Entre las primeras se ubican el patrón extraordinariamente perturbado de esta evolución y la decadencia furtiva con que trataba de erigir un 'imperio' perdido hacía mucho", como símbolo de la grandeza alemana (Elias, 1999: 462). Entre las segundas, la tradición autocrática "casi ininterrumpida que legó a la masa de los alemanes una conciencia relativamente débil y dependiente en cuestiones públicas. Los factores de este tipo y sus consecuencias no necesariamente causaron su derrumbe, pero prepararon el camino para esta forma particular de quiebra de su civilización" (Elias, 1999: 462). A lo anterior deben agregarse las causas inmediatas: el conflicto entre las aspiraciones nacionales tradicionales y la imagen que poderosos grupos alemanes tenían de la nación, así como la renovada pérdida de influencia de su país después

de 1918. La crisis de 1930 llevó este conflicto a un punto álgido. Bajo la carga de una crisis económica mundial, muchos alemanes rechazaron la idea de que la antigua grandeza imperial de su país se hubiera perdido para siempre. “Hitler, el hábil chamán con su símbolo mágico, la cruz gamada, invocó una vez más ante las masas alemanas la quimera de un poderoso imperio alemán” (Elias, 1999: 463).

Tan inestable como el orgullo nacional alemán resultó el factor de la autocoacción “que disuadía a las personas de usar la fuerza física al ocurrir conflictos, y que era sostenido por la coacción externa por el Estado” (Elias, 1999: 335).

La fuerza con que la hostilidad emocional contra las instituciones parlamentarias de Weimar (1918-1933) se manifestó a los pocos meses de finalizar la guerra no sólo estuvo estrechamente ligada con ciertos antagonismos de clase, sino también con estructuras de la personalidad muy específicas que requiere un régimen parlamentario democrático. Muchos alemanes “aborrecían la forma de gobierno basada en las luchas, negociaciones y transigencias entre los partidos” (Elias, 1999: 341). Odiaban la “casa de chismes” del parlamento, donde al parecer sólo se hablaba sin actuar: “Qué importaba la libertad; lo que anhelaban era la forma de gobierno comparativamente mucho más sencilla y menos complicada en que el hombre fuerte en la cima tomaba todas las decisiones políticas trascendentales” (Elias, 1999: 340-341).

Esto se debía en gran medida a la estructura de la personalidad “adaptada a un régimen absolutista monárquico o dictatorial [que] crea una marcada disposición en el individuo a obedecer órdenes y dejarse guiar por coacciones externas”, los gobernados no tienen que elegir entre dos bandos que polemizan mutuamente. “La orden viene de arriba y la decisión ya está tomada. En el nivel estatal, el individuo se mantiene en la fase del niño, en este tipo de régimen” (Elias, 1999: 342). En contraste, el sistema parlamentario multipartidista se revela como una forma de gobierno mucho más compleja y difícil, que por ende necesita una estructura de la personalidad “igualmente compleja y plural”, pues este tipo de régimen legitima el conflicto entre las personas o los grupos sociales. “No relega los conflictos a la categoría de lo inusual, anormal o irracional, sino que cuenta con ellos como fenómenos normales e indispensables de la convivencia social” (Elias, 1999: 342-343). En ese sentido, considera Elias, la democracia se opone a los principios del racionalismo clásico, que equipara orden con armonía, o sea, con la ausencia de conflictos. En cambio, el régimen dictatorial es más compatible con la idea de una organización racional de la convivencia humana: todo funciona como por arte de magia, de arriba abajo, en completa armonía y con eficiencia (Elias, 1999: 342-343).

De este modo, movilizándolo y ampliando su teoría esbozada en 1939, Elias da cuenta del proceso sociogenético y psicogenético que está detrás de la conformación del Estado y del carácter alemán, para poder explicar el derrumbe de la República de Weimar y el ascenso del nazismo.

Empero, como precisa De Swaam (2001: 268), el monopolio de la violencia por el Estado puede conducir a la civilización de la sociedad y, en ciertos casos, sus cánones pueden excluir ciertas categorías de ciudadanos de la protección estatal, que en consecuencia pueden ser expuestos a los recursos violentos del Estado. En el proceso de destrucción las víctimas pueden ser deshumanizadas y estigmatizadas. Todo ello implica una burocratización de la barbarie. La barbarie es *compartimentalizada*. Ello quiere decir la categorización de las víctimas como “población peligrosa”: que suelen ser aisladas físicamente en los sitios de destrucción, donde hay una brutalización de las formas de interacción.

Así, bajo condiciones de una violencia monopolizada por el Estado y altos niveles de civilización en todos los aspectos para una vasta mayoría de la población, un régimen puede crear y mantener compartimentos de destrucción y barbarie, en meticuloso aislamiento, casi invisibilizándolos. A este proceso propone De Swaam (2001) que se le llame *discivilizatorio*. Pues en esos compartimientos el proceso civilizatorio llega a ser suspendido. Si la decivilización puede ser descrita en términos del nivel psicológico y el social como regresión, entonces la discivilización puede definirse como “regresión al servicio del Estado”.

Conclusiones

En una época en la que parecen cobrar vigor los procesos decivilizatorios y los ciclos de violencia a que dan lugar, repensar la obra de Elias puede convertirse en una atalaya para promover una mayor comprensión sobre el complejo fenómeno de la violencia que aqueja a muchas sociedades contemporáneas. Se trata de una teoría que nos incita a distinguir varios aspectos: las dimensiones sociogenéticas y psicogenéticas de los entramados sociales (figuracionales) de los ciclos de violencia que pueden aparecer en ciertas fases de la evolución de una sociedad. Para estudiarlos, debe tenerse en cuenta la dinámica de las unidades sociales que compiten en una figuración determinada, y si ella lleva a una lógica de monopolio de la violencia o hacia su fragmentación y la consecuente aparición de ciclos de violencia. Es importante distinguir a los aparatos institucionales que tienden a frenar el conflicto y a enfriar la violencia. Por ejemplo, en Inglaterra en el siglo XVIII ese papel lo desempeñó el Parlamento, mientras que en Francia fue la Corte Real (Elias, 1992).

Puesto que los nexos entre civilización y violencia son de enorme complejidad, Elias considera que para comprenderlos mejor se requiere movilizar los conceptos de informalización y de procesos decivilizatorios (o de barbarie). Las oleadas civilizatorias en las sociedades modernas traen consigo una creciente democratización funcional que, si bien en las primeras etapas fortalece el avance de la civilización, después de alcanzar cierto nivel puede ocasionar efectos decivilizatorios, conflictos disruptivos y ciclos de violencia. La causa principal es que las demandas de los grupos marginados suelen no ser plenamente satisfechas.

Por otra parte, han sido sobre todo antropólogos, como Blok (1974), quienes cobijados bajo el relativismo cultural han acusado a Elias de que la distinción entre sociedades más civilizadas y menos civilizadas es ofensiva para los grupos humanos. Esta posición llega a la conclusión de que el concepto de civilización es nativo de Occidente, contiene fuertes connotaciones normativas, prejuicios y sentimientos de superioridad. Acusa a Elias de ser “etnocéntrico” y un “evolucionista unilineal”, de justificar la dominación de los poderosos e incluso de “racista” (al negar que cada cultura sea capaz de definir su propia humanidad y tachar a los pueblos primitivos como “salvajes”).

Empero, el sociólogo de Breslau reconoce explícitamente el hecho de que existen diferencias en el *habitus* o características de la personalidad entre las sociedades, culturas y etapas históricas. Mas no está interesado en comparar de modo sincrónico las diferencias de personalidad entre cada sociedad, sino en investigar los cambios diacrónicos a lo largo de amplios periodos históricos. Su estudio no es etnocéntrico sino acerca de Europa. Otra forma de expresar lo anterior es precisando que el proceso civilizatorio requiere de dos medidas u órdenes secuenciales que pueden expresarse de modo gráfico: el sociogénético y el psicogénético. El primer eje concierne a la estructura del desarrollo de las interdependencias sociales, incluyendo la división social del trabajo y la formación del Estado. El segundo se refiere a la conducta civilizada y a los cambios en la estructura social de la personalidad, que también es concebido en un orden secuencial, en el cual el desarrollo toma lugar discerniendo la dirección a la que se dirige. Para Elias ambos ejes deben ser explorados hacia atrás tanto como nos sea posible. Esa gráfica puede usarse heurísticamente para analizar cada cultura. Él lo hizo sólo para el caso de Europa, pero su esquema puede aplicarse a otras áreas culturales o incluso a toda la humanidad. De hecho, otros antropólogos, como Thoden van Velzen, han observado, en oposición a Blok, que el concepto de civilización es utilizable por igual para sociedades altamente civilizadas y para diversos pueblos considerados “primitivos”. Pero, contrario a lo que argumenta Elias, aduce Velzen, también es posible encontrar altos niveles de autocontrol en

sociedades sin Estado a pequeña escala como la etnia de los maroons de Surinam, también conocidos como *bush-negroes*.¹²

En todo caso, los cambios en el balance entre controles externos e internos pueden ser producidos por otras rutas alternativas a la formación del Estado y la división social de funciones observadas en Occidente. La evidencia arrojada por los estudios antropológicos puede iluminar aún más nuestra comprensión de la diversidad de caminos civilizatorios seguidos por cada sociedad.

Finalmente, cabe señalar que los usos del modelo eliasiano por otros autores han mostrado el carácter heurístico y la potencialidad de la obra de Elías para profundizar en múltiples aspectos del fenómeno de la violencia: sus tipologías, relaciones con el deporte y la violencia entre espectadores (Elías y Dunning, 1992; Dunning y Sheard, 1979); problemas de violencia de género y violencia en los jóvenes (Muchembled, 2010); ciclos de violencia en diversas sociedades de Europa y Asia (Blok, 1974; Arnason, 2002), entre otros.¹³ Movilizar la teoría eliasiana para abordar el caso de la sociedad mexicana contemporánea podría ser de gran utilidad.

Bibliografía

Adorno, Theodor W. y Max Horkheimer

1994 *Dialéctica de la ilustración: fragmentos filosóficos*, Trotta, Madrid.

Alexander, Jeffrey

1992 *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Gedisa, Barcelona.

Arnason, Johann

2002 *The Peripheral Centre*, Trans Pacific Press, Melbourne.

Aróstegui, Julio

1994 "Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia", en *Ayer*, pp. 13-39.

Arteaga, Nelson

2003 "El espacio de la violencia: un modelo de interpretación social", en *Sociológica*, núm. 52, mayo-agosto, pp. 119-145.

Bauman, Zygmunt

1989 *Modernity and the Holocaust*, Polity, Cambridge.

¹² Al respecto, véase la respuesta de Mennell (1992).

¹³ Un buen balance de las diferentes líneas y campos de investigación sobre los que ha venido creciendo de manera vertiginosa la teoría eliasiana en las últimas tres décadas aparece en Dunning y Mennell (2003).

- Benjamin, Walter
 1978 *Para una crítica de la violencia*, Premia Editora, México.
- Blok, Anton
 1974 *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960*, Basil Blackwell, Oxford.
- Bogner, Arthur
 2003a "The Structure of Social Processes: A Commentary on the Sociology of Norbert Elias", en Eric Dunning y Stephen Mennell, *Norbert Elias*, vol. I, Sage, Londres, pp. 203-232.
 2003b "Elias and the Frankfurt School", en Eric Dunning y Stephen Mennell, *Norbert Elias*, vol. I, Sage, Londres, pp. 43-74.
- Breuer, Stefan
 1991 "The Denouements of Civilization: Elias and Modernity", en *International Social Science Journal*, núm. 28, mayo, pp. 401-413.
- Collins, Randall
 1974 "Three Faces of Cruelty: Towards a Comparative Sociology of Violence", en *Theory and Society*, vol. I, núm. 4, pp. 415-440.
 2009 *Violence: A Micro-sociological Theory*, Princeton University Press, Princeton.
- Crettiez, Xavier
 2009 *Las formas de la violencia*, Waldhuter, Buenos Aires.
- Crozier, Michel
 1980 "La crise des régulations traditionnelles", en Mendras H. (ed.), *La sagesse et le désordre*, Gallimard, Paris.
- Crozier, Michel y Erhard Friedberg
 1990 *El actor y el sistema*, Alianza Editorial, México.
- Dunning, Eric y Kenneth Sheard
 1979 *Barbarians, Gentlemen and Players*, Martin Robertson, Oxford.
- Dunning, Eric y Stephen Mennell (eds.)
 2003 *Norbert Elias*, Sage, Londres, 4 vols.
- Durkheim, Émile
 2007 *La división del trabajo social*, Colofón, México.
- Elias, Norbert
 1982a *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona.
 1982b *La sociedad cortesana*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México.
 1988 *Humana Conditio*, Península, Barcelona.
 1989 *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México.
 1994 "Civilización y violencia", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 65, enero-marzo, pp. 141-152.

- 1995 *Mi trayectoria intelectual*, Península, Barcelona.
- 1998 *La civilización de los padres y otros ensayos*, Norma, Bogotá.
- 1999 *Los alemanes*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.
- Elias, Norbert y Eric Dunning
 1992 *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, FCE, México.
- Fletcher, Jonathan
 1994 *Violence and Civilization*, Polity, Cambridge.
- Gurr, Ted
 1970 *Why Men Rebel*, Princeton University Press, Princeton.
- Guzmán, Álvaro B.
 1990 *Sociología y violencia*, Universidad del Valle-Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Cali.
- Krieken, Robert van
 2001 "Norbert Elias and Process Sociology", en George Ritzer y Barry Smart, *The Handbook of Social Theory*, Sage, Londres, pp. 353-367.
- Marx, Karl
 1971 *El capital*, vol. I, FCE, México.
 1977 *La Guerra Civil en Francia*, Progreso, Moscú.
- Mennell, Stephen
 1990 "Decivilising Processes: Theoretical Significance and some Lines of Research", en *International Sociology*, vol. 5, núm. 2, junio, pp. 205-223.
 1992 *Norbert Elias. An Introduction*, University College Dublin Press, Dublín.
 2001 "The Other Side of the Coin: Decivilizing Processes", en Thomas Salumets (ed.), *Norbert Elias and Human Interdependencies*, McGill-Queen's University Press, Quebec, pp. 32-49.
- Muchembled, Robert
 2010 *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*, Paidós, Madrid.
- Ritzer, George
 1993 *Teoría sociológica contemporánea*, McGraw-Hill, México.
- Simmel, Georg
 1986 *Sociología 2: estudios sobre las formas de socialización*, Alianza Universidad, México.
- Swaam, Abram de
 2001 "Dyscivilization, Mass Extermination, and the State", en *Theory, Culture and Society*, vol. 18, núms. 2-3, abril-junio, pp. 265-276.

Tilly, Charles

1978 *From Mobilization to Revolution*, Addison Wesley, Reading, Mass.

2003 *The Politics of Collective Violence*, Cambridge University Press, Cambridge.

Wacquant, Loïc J. D.

1999 "Elias in the Dark Ghetto", en *Amsterdams Sociologisch Tijdschrift*, vol. 24, núm. 3-4, diciembre, pp. 340-348.

Weber, Max

1983 *Economía y sociedad*, FCE, México.

Wouters, Cas

1977 "Informalization and the Civilizing Process", en Peter Gleichmann, Johan Goudsblom y Hermann Korte (eds.), *Human Figurations: Essays for Norbert Elias*, Sociologisch Tijdschrift, Ámsterdam, pp. 437-455.